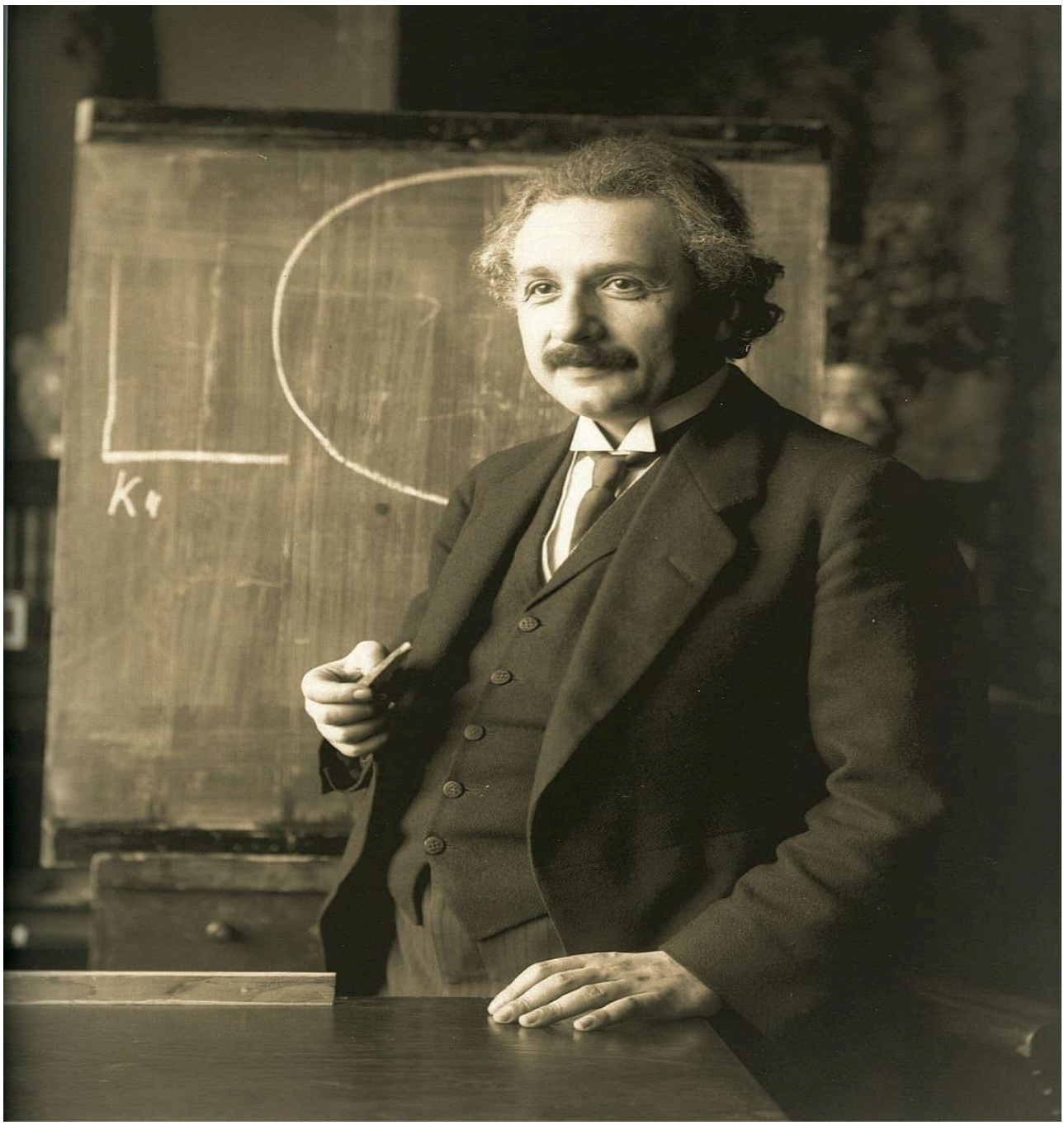
¿Por qué socialismo?

Albert Einstein



Consideremos primero la cuestión desde la perspectiva del conocimiento científico. Podría parecer que no existen diferencias metodológicas esenciales entre la astronomía y la economía: los científicos de ambos campos intentan descubrir leyes de aceptabilidad general para un grupo circunscrito de fenómenos a fin de que la interconexión entre estos fenómenos sea lo más clara posible. Pero, en realidad, dichas diferencias metodológicas sí existen. El descubrimiento de leyes generales en el campo de la economía se ve dificultado por la circunstancia de que los fenómenos económicos observados suelen verse afectados por numerosos factores que son muy difíciles de evaluar por separado. Además, la experiencia acumulada desde el inicio del llamado período civilizado de la historia humana se ha visto, como es bien sabido, ampliamente influenciada y limitada por causas que no son exclusivamente económicas. Por ejemplo, la mayoría de los grandes estados de la historia debieron su existencia a la conquista. Los pueblos conquistadores se establecieron, legal y económicamente, como la clase privilegiada del país conquistado. Se apoderaron del monopolio de la propiedad de la tierra y designaron un sacerdocio entre sus propias filas. Los sacerdotes, al mando de la educación, hicieron de la división de clases de la sociedad una institución permanente y crearon un sistema de valores por el cual, a partir de entonces, el pueblo, en gran medida de forma inconsciente, se guió en su comportamiento social. Pero la tradición histórica es, por así decirlo, de ayer; en ningún lugar hemos superado realmente lo que Thorstein Veblen llamó la «fase depredadora» del desarrollo humano. Los hechos económicos observables pertenecen a esa fase, e incluso las leyes que podemos derivar de ellos no son aplicables a otras fases. Dado que el verdadero propósito del socialismo es precisamente superar y avanzar más allá de la fase depredadora del desarrollo humano, la ciencia económica en su estado actual puede arrojar poca luz sobre la sociedad socialista del futuro.

En segundo lugar, el socialismo se orienta hacia un fin socioético. Sin embargo, la ciencia no puede crear fines, ni mucho menos inculcarlos en los seres humanos; la ciencia, como mucho, puede proporcionar los medios para alcanzar ciertos fines. Pero los propios fines son concebidos por personalidades con elevados ideales éticos y —si estos fines no nacen muertos, sino vitales y vigorosos— son adoptados y llevados adelante por esos numerosos seres humanos que, casi inconscientemente, determinan la lenta evolución de la sociedad. Por estas razones, debemos estar atentos a no sobreestimar la ciencia y los métodos científicos cuando se trata de problemas humanos; y no debemos asumir que los expertos son los únicos con derecho a expresarse sobre cuestiones que afectan a la organización social.

Innumerables voces han afirmado desde hace tiempo que la sociedad humana atraviesa una crisis, que su estabilidad se ha visto gravemente afectada. Es característico de tal situación que los individuos se sientan indiferentes o incluso hostiles hacia el grupo, pequeño o grande, al que pertenecen. Para ilustrar lo que quiero decir, permítanme relatar una experiencia personal. Recientemente conversé con un hombre inteligente y bien dispuesto sobre la amenaza de otra guerra, que en mi opinión pondría en grave peligro la existencia de la humanidad, y comenté que solo una organización supranacional ofrecería protección contra ese peligro. Entonces mi visitante, con mucha calma y serenidad, me preguntó: "¿Por qué se opone tan firmemente a la desaparición de la raza humana?".

Estoy seguro de que hace apenas un siglo nadie habría hecho una declaración como esta con tanta ligereza. Es la declaración de un hombre que se ha esforzado en vano por alcanzar el equilibrio interior y que prácticamente ha perdido la esperanza de lograrlo. Es la expresión de la dolorosa soledad y aislamiento que tanta gente sufre hoy en día. ¿Cuál es la causa? ¿Hay una salida?

Es fácil plantear estas preguntas, pero difícil responderlas con seguridad. Debo intentarlo, sin embargo, lo mejor que pueda, aunque soy muy consciente del hecho de que nuestros sentimientos y esfuerzos son a menudo contradictorios y oscuros y que no pueden expresarse en fórmulas fáciles y sencillas. El hombre es, a la vez, un ser solitario y un ser social. Como ser solitario, intenta proteger su propia existencia y la de sus allegados, satisfacer sus deseos personales y desarrollar sus capacidades innatas. Como ser social, busca ganarse el reconocimiento y el afecto de sus semejantes, compartir sus placeres, consolarlos en sus penas y mejorar sus condiciones de vida. Solo la existencia de estos diversos y a menudo contradictorios afanes explica el carácter especial del hombre, y su combinación específica determina hasta qué punto un individuo puede alcanzar el equilibrio interior y contribuir al bienestar de la sociedad. Es muy posible que la fuerza relativa de estos dos impulsos esté, en gran medida, determinada por la herencia. Pero la personalidad que finalmente emerge se forma en gran medida por el entorno en el que el hombre se encuentra durante su desarrollo, por la estructura de la sociedad en la que crece, por la tradición de dicha sociedad y por su valoración de determinados tipos de comportamiento. El concepto abstracto de «sociedad» significa para el ser humano individual la suma total de sus relaciones directas e indirectas con sus contemporáneos y con todas las personas de generaciones anteriores. El individuo es capaz de pensar, sentir, esforzarse y trabajar por sí mismo; pero depende tanto de la sociedad —en su existencia física, intelectual y emocional— que es imposible pensarlo o comprenderlo fuera del marco de la sociedad. Es la «sociedad» la que proporciona al hombre alimento, ropa, un hogar, las herramientas de trabajo, el lenguaje, las formas de pensamiento y la mayor parte del contenido del pensamiento; su vida es posible gracias al trabajo y los logros de los muchos millones de personas, pasadas y presentes, que se esconden tras la pequeña palabra «sociedad». Es evidente, por lo tanto, que la dependencia del individuo de la sociedad es un hecho natural inamovible, como en el caso de las hormigas y las abejas. Sin embargo, mientras que todo el proceso vital de las hormigas y las abejas está determinado hasta el más mínimo detalle por instintos hereditarios rígidos, el patrón social y las interrelaciones de los seres humanos son muy variables y susceptibles al cambio. La memoria, la capacidad de crear nuevas combinaciones y el don de la comunicación oral han posibilitado desarrollos entre los seres humanos que no están dictados por necesidades biológicas. Dichos desarrollos se manifiestan en tradiciones, instituciones y organizaciones; en la literatura; en los logros científicos y de ingeniería; en las obras de arte. Esto explica cómo, en cierto sentido, el hombre puede influir en su vida a través de su propia conducta, y que en este proceso el pensamiento y el deseo conscientes puedan desempeñar un papel.

El hombre adquiere al nacer, por herencia, una constitución biológica que debemos considerar fija e inalterable, incluyendo los impulsos naturales característicos de la especie humana. Además, durante su vida, adquiere una constitución cultural que adopta.
De la sociedad a través de la comunicación y de muchas otras influencias. Es esta constitución cultural la que, con el paso del tiempo, está sujeta a cambios y la que determina en gran medida la relación entre el individuo y la sociedad. La antropología moderna nos ha enseñado, mediante la investigación comparativa de las llamadas culturas primitivas, que el comportamiento social de los seres humanos puede diferir enormemente, dependiendo de los patrones culturales predominantes y los tipos de organización que predominan en la sociedad. Es en esto en lo que quienes se esfuerzan por mejorar la suerte de la humanidad pueden basar sus esperanzas: los seres humanos no están condenados, por su constitución biológica, a aniquilarse mutuamente ni a estar a merced de un destino cruel y autoinfligido. Si nos preguntamos cómo cambiar la estructura de la sociedad y la actitud cultural del hombre para que la vida humana sea lo más satisfactoria posible, debemos ser conscientes de que existen ciertas condiciones que no podemos modificar. Como se mencionó anteriormente, la naturaleza biológica del hombre es, en la práctica, inmutable. Además, los avances tecnológicos y demográficos de los últimos siglos han creado condiciones que perdurarán. En poblaciones relativamente densamente asentadas, con los bienes indispensables para su existencia, una división extrema del trabajo y un aparato productivo altamente centralizado son absolutamente necesarios. La época —que, en retrospectiva, parece tan idílica— en la que individuos o grupos relativamente pequeños podían ser completamente autosuficientes ha quedado atrás. Es solo una ligera exageración afirmar que la humanidad constituye, incluso ahora, una comunidad planetaria de producción y consumo. He llegado al punto en que puedo indicar brevemente lo que, para mí, constituye la esencia de la crisis de nuestro tiempo. Se trata de la relación del individuo con la sociedad. El individuo se ha vuelto más consciente que nunca de su dependencia de la sociedad. Pero no la experimenta como un activo, como un vínculo orgánico, como una fuerza protectora, sino como una amenaza a sus derechos naturales, o incluso a su existencia económica. Además, su posición en la sociedad es tal que sus impulsos egoístas se acentúan constantemente, mientras que sus impulsos sociales, por naturaleza más débiles, se deterioran progresivamente. Todos los seres humanos, independientemente de su posición social, sufren este proceso de deterioro. Prisioneros inconscientes de su propio egoísmo, se sienten inseguros, solos y privados del disfrute ingenuo, simple y sencillo de la vida. El hombre solo puede encontrar sentido a la vida, por corta y peligrosa que sea, dedicándose a la sociedad. La anarquía económica de la sociedad capitalista actual es, en mi opinión, la verdadera fuente del mal. Ante nosotros se encuentra una enorme comunidad de productores cuyos miembros se esfuerzan incesantemente por privarse mutuamente del fruto de su trabajo colectivo, no por la fuerza, sino en general en fiel cumplimiento de las normas legalmente establecidas. A este respecto, es importante comprender que los medios de producción —es decir, toda la capacidad productiva necesaria para producir bienes de consumo, así como bienes de capital adicionales— pueden ser legalmente, y en su mayor parte lo son, propiedad privada de individuos.

Para simplificar, en la siguiente explicación llamaré «trabajadores» a todos aquellos que no comparten la propiedad de los medios de producción, aunque esto no se corresponde del todo

con el uso habitual del término. El propietario de los medios de producción puede comprar la fuerza de trabajo del trabajador. Al utilizar los medios de producción, el trabajador produce nuevos bienes que pasan a ser propiedad del capitalista. El punto esencial de este proceso es la relación entre lo que el trabajador produce y lo que recibe, ambos medidos en términos de valor real. En la medida en que el contrato laboral es «libre», lo que el trabajador recibe no está determinado por el valor real de los bienes que produce, sino por sus necesidades mínimas y por las necesidades de fuerza de trabajo de los capitalistas en relación con el número de trabajadores. Compitiendo por empleos. Es importante comprender que, incluso en teoría, el salario del trabajador no está determinado por el valor de su producto.

El capital privado tiende a concentrarse en pocas manos, en parte debido a la competencia entre capitalistas y en parte porque el desarrollo tecnológico y la creciente división del trabajo fomentan la formación de unidades de producción más grandes a expensas de las más pequeñas. El resultado de estos desarrollos es una oligarquía del capital privado cuyo enorme poder no puede ser controlado eficazmente ni siquiera por una sociedad política organizada democráticamente. Esto es así, ya que los miembros de los órganos legislativos son seleccionados por partidos políticos, en gran medida financiados o influenciados por capitalistas privados que, a efectos prácticos, separan al electorado del poder legislativo. La consecuencia es que, de hecho, los representantes del pueblo no protegen suficientemente los intereses de los sectores desfavorecidos de la población. Además, en las condiciones actuales, los capitalistas privados inevitablemente controlan, directa o indirectamente, las principales fuentes de información (prensa, radio, educación). Por ello, es extremadamente difícil, y en la mayoría de los casos incluso imposible, que el ciudadano individual llegue a conclusiones objetivas y haga un uso inteligente de sus derechos políticos.

La situación imperante en una economía basada en la propiedad privada del capital se caracteriza, pues, por dos principios fundamentales: primero, los medios de producción (capital) son de propiedad privada y sus propietarios disponen de ellos a su antojo; segundo, el contrato de trabajo es libre. Por supuesto, no existe una sociedad capitalista pura en este sentido. En particular, cabe destacar que los trabajadores, mediante largas y encarnizadas luchas políticas, han logrado una forma ligeramente mejorada del «contrato de trabajo libre» para ciertas categorías de trabajadores. Pero, en conjunto, la economía actual no difiere mucho del capitalismo «puro». La producción se realiza para obtener ganancias, no para el uso. No existe ninguna previsión de que quienes puedan y deseen trabajar siempre puedan encontrar empleo; casi siempre existe un "ejército de desempleados". El trabajador teme constantemente perder su empleo. Dado que los trabajadores desempleados y mal pagados no constituyen un mercado rentable, la producción de bienes de consumo se ve restringida, lo que conlleva grandes penurias. El progreso tecnológico a menudo genera más desempleo en lugar de aliviar la carga laboral para todos. El afán de lucro, junto con la competencia entre capitalistas, es responsable de la inestabilidad en la acumulación y utilización del capital, lo que conduce a depresiones cada vez más graves. La competencia ilimitada conduce a un enorme desperdicio de mano de obra y a esa debilitación de la conciencia social de los individuos que mencioné antes. Considero que esta paralización individual es el peor mal del capitalismo. Todo nuestro sistema educativo padece este mal. Se inculca en el estudiante una actitud competitiva

exagerada, a quien se le enseña a venerar el éxito adquisitivo como preparación para su futura carrera.

Estoy convencido de que solo hay una manera de eliminar estos graves males: mediante el establecimiento de una economía socialista, acompañada de un sistema educativo orientado a objetivos sociales. En dicha economía, los medios de producción pertenecen a la propia sociedad y se utilizan de forma planificada. Una economía planificada, que ajusta la producción a las necesidades de la comunidad, distribuiría el trabajo entre todos aquellos capaces de trabajar y garantizaría el sustento a cada hombre, mujer y niño. La educación del individuo, además de promover sus propias capacidades innatas, intentaría desarrollar en él un sentido de responsabilidad haciaSin embargo, es necesario recordar que una economía planificada aún no es socialismo. Una economía planificada como tal puede conllevar la completa esclavización del individuo. La consecución del socialismo requiere la solución de algunos problemas sociopolíticos extremadamente difíciles. Problemas: ¿cómo es posible, dada la profunda centralización del poder político y económico, evitar que la burocracia se vuelva omnipotente y arrogante? ¿Cómo se pueden proteger los derechos individuales y, con ello, asegurar un contrapeso democrático al poder burocrático?

La claridad sobre los objetivos y los problemas del socialismo es de suma importancia en nuestra era de transición. Dado que, en las circunstancias actuales, el debate libre y sin trabas sobre estos problemas se ha convertido en un poderoso tabú, considero que la fundación de esta revista constituye un importante servicio público.